

Dr. Hugh J. Schonfield

**EL  
COMLOT  
DE PASCUA**



**LA CONSPIRACIÓN MÁS GRANDE  
EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD**

La versión que da el *Nuevo Testamento* sobre la vida de Cristo, es sólo una posible interpretación pero no hay una documentación histórica suficiente para comprobarla. Otra alternativa de interpretación es la que propone *El complot de Pascua*: que Jesús y sus discípulos pretendieron la libertad religiosa y política y lucharon para salvar a su pueblo de la tiranía romana que en ese tiempo lo oprimía. El Mesías no fue, como muchas generaciones lo han creído, ni un Dios, ni el hijo de Dios, ni un mensajero de Dios. Fue un hombre, una figura eminentemente política que, en compañía de sus discípulos, maquinó meticulosa y deliberadamente las acciones que culminarían con su crucifixión y posterior «resurrección» durante la semana de Pascua. Por ello es que el autor afirma que la única manera de conocer al verdadero Jesús es ubicarlo como un hombre de su tiempo y de su pueblo... como un ser de carne y hueso.

*El complot de Pascua* no pretende empequeñecer, en modo alguno, la figura de Cristo. Por el contrario, le otorga la grandeza de quien construye su propio destino y pretende probar que no es esencial creer en la divinidad de Jesús para seguir sus enseñanzas.

Esta provocativa reconstrucción de la vida y muerte de Jesús puede ser alabada o repudiada, pero no puede ser ignorada, y, controvertible como es, se gana sin embargo el respeto por su cuidada argumentación y patente sinceridad.

Las citas de los pasajes bíblicos incluidos en esta obra contienen numerales romanos en minúsculas. Lo anterior no es un error de edición. Así aparece en la edición original del libro en español.

In Memoriam  
R. H. Strachan, D. D.

## Introducción

*El complot de Pascua* es el resultado de un esfuerzo de cuarenta años consagrados a descubrir al hombre que Jesucristo fue realmente. Las dificultades han sido siempre formidables, y no limitadas en modo alguno a problemas de investigación. La parte más dura del empeño ha sido, con mucho, la necesidad de librar a la mente de ideas preconcebidas y de los efectos de la tradicional enseñanza cristiana. Había que estar dispuesto a acoger todo lo que pudiera descubrirse, aunque eso significase oponerse a juicios anteriores. La mayoría de los libros acerca de Jesucristo han sido devotos, apologéticos o polémicos, y yo deseaba que el mío no fuera nada de eso. A lo que yo he aspirado ha sido a desechar toda disposición a servirse de Jesús; y a dejar que éste se explicase a sí mismo desde su propio tiempo.

Empecé a asumir la responsabilidad de la tarea que ahora completo cuando era un estudiante de la Universidad de Glasgow. Allí recibimos la visita de un eminente profesor escocés de Historia y Literatura del Nuevo Testamento, al que yo, un muchacho judío, sorprendí bastante con mis argumentaciones juveniles y mi familiaridad con las antiguas autoridades cristianas que, por propia iniciativa, había estudiado. Ya en aquel tiempo la figura de Jesús me atraía grandemente, y quería averiguar cuáles habían sido las convicciones de sus primeros seguidores judíos, que le reconocieron como el Mesías. Había leído extensamente tanto las interpretaciones cristianas como las judías, y me pare-

cía que lo mismo unas que otras eran en parte acertadas y en parte equivocadas. Había un misterio necesitado de explicación. Mi entusiasmo impresionó al profesor, y éste me invitó a su casa de Edimburgo, donde charlamos hasta la madrugada. Finalmente le hice una promesa que sólo bastante después de su muerte he logrado cumplir.

Durante los años intermedios proseguí mis investigaciones, explorando muchos aspectos del asunto. He escrito cierto número de libros, para instrucción propia, y no sólo con intención de ilustrar a quienes los leyesen. Últimamente creí necesario hacer una nueva traducción inglesa de las Escrituras cristianas, acompañada por abundantes notas explicativas, y la publiqué como *El Auténtico Nuevo Testamento* el más importante de mis trabajos literarios.

Muchas veces he sido animado por numerosos lectores a exponer mis convicciones acerca de Jesús. Estaban persuadidos de que, dada mi poco corriente posición de judío que ha consagrado su vida a la simpatizante elucidación de los orígenes del cristianismo, y que no está vinculado a ninguna Iglesia particular, yo debía haber visto cosas no observadas por otros más comprometidos. De los que así me animaban algunos podían sentir una mera curiosidad, otros podían desear que yo apoyase sus propias creencias. Pero en conjunto, las cartas que continuamente recibo de muchas partes del mundo me han convencido de que existe un extendido deseo de tener una representación de Jesús más realista que idealizada. El retrato tradicional no satisface ya: es demasiado chocante en su patente contradicción con los términos de nuestra existencia terrenal. El Dios-Hombre del cristianismo es cada vez más difícil de creer, pero no es fácil romper con siglos de instrucción autoritaria y de fe devota, y subsiste, profundamente arraigado en el subconsciente, un poderoso sentido de lo sobrenatural heredado de edades remotas.

Jesús cuenta todavía tanto, y responde tanto a necesidades humanas, que tenemos ansia de creer que debió ha-

ber en él algo especial, algo que escapa a nuestra comprensión racional y mantiene nuestro pensamiento bordeando peligrosamente el abismo de la pura superstición. Encontramos en él el símbolo tanto del martirio como de las aspiraciones del hombre, y nos abrazamos a él, en consecuencia, como a la encarnación de una seguridad de que nuestra vida tiene un significado y una finalidad. Enteramente aparte de la intrusión en el primitivo cristianismo de una estimación pagana del valor de Jesús en términos de divinidad, algo que históricamente hemos de admitir, no puede contentarnos ninguna interpretación de Jesús que no muestre que no nos hemos equivocado del todo al poner en él nuestra confianza. Si fue solamente un hombre, fue al menos un hombre excepcional, en el sentido más fuerte del término, un hombre que puso su huella indeleble en la historia de la experiencia y de los logros humanos.

Aquel notable judío continúa, pues, intrigándonos y agitando, tanto más, quizá, cuanto que los viejos y seguros vínculos de la fe se han aflojado. «Dime más cosas sobre Jesús», reza un himno muy conocido. Sin embargo, muchos tienen ahora un cierto miedo a que lo que se diga destruya una ilusión, que el hombre que hay detrás del mito resulte ser menos fascinante, menos consolador e inspirador.

La literatura reciente, la radio, y mis contactos personales, me han hecho evidente que no es practicable investir al Jesús teológico de historicidad convincente, porque la figura teológica, tan imbuida en el hombre actual, tan arraigada, produce una actitud de reverencia que se proyecta en la transmutación del carácter de Jesús, en el tratamiento de cada una de sus palabras como sabiduría divina, en el deseo de descartar con explicaciones sus errores y atenuar sus faltas, aun en contra del testimonio de los Evangelios. Recuerdo el disgusto que me produjo oír a un distinguido y piadoso cristiano, cuando yo estaba traduciendo el Nuevo Testamento: «si puede usted eludir la maldición de Jesús a la higuera, nos hará un buen servicio».

La única manera en que podemos esperar conocer al verdadero Jesús es empezar por verle como un hombre de su tiempo, de su país y de su pueblo, lo cual requiere un íntimo conocimiento de los mismos. Hemos de negarnos resueltamente a separarle del escenario de su vida, hemos de dejar que los influjos que operaron sobre él operen también sobre nosotros. Tenemos que resaltar los rasgos personales, individuales, sean o no agradables, que nos exhiben los atributos y la idiosincrasia de una criatura de carne y hueso. Solamente cuando ese judío galileo nos haya impresionado en los más crudos aspectos de su mortalidad, estaremos en condiciones de cultivarle y estimar su valor, dejándole que nos comunique las imaginaciones de su mente y la motivación de sus acciones. Si entonces percibimos en él alguna chispa de genio, alguna cualidad de grandeza y nobleza del alma, no debemos inclinarnos a exagerarlas ni a convertirle, de manera imposible, en un dechado de todas las virtudes. Un hombre así pudo tener sus momentos divinos, pero nunca pudo ser un consistente reflejo de lo Divino, excepto para aquellos cuya noción de divinidad les permite que los dioses participen de las fragilidades humanas.

El dilema actual del cristianismo es patente, y resulta de un credo que ha insistido tanto, a través de los siglos, en ver en Jesucristo a Dios, que está en peligro, como ahora se ha hecho evidente, de no poder concebir la existencia de Dios sin Jesucristo. Demasiados cristianos no conocen a Dios de otro modo que a través de Jesucristo. Descartar la divinidad de Jesús es poner en peligro, o destruir, su fe en Dios. La culpa de eso no ha de buscarse enteramente en el Nuevo Testamento, sino más bien en aquellos que se han servido de la ignorancia y superstición de la gente para darles un Dios creado a imagen del hombre.

Sin embargo, Jesús y su propia nación, adoctrinados de otra manera, podían amar y reverenciar a Dios sin recurrir a la idea de una encarnación.

Muchas veces he preguntado a mis amigos cristianos, «¿no basta con que creáis en el Dios Uno, Señor de todos los espíritus, y aceptéis a Jesús como su mensajero mesiánico?». Pero al parecer, para esos cristianos el carácter mesiánico de Jesús interesa sólo a los judíos, y no significa nada en su propia experiencia. Muchos no tenían siquiera conocimiento de que «Cristo» es meramente la traducción griega del título hebreo de *Mesías* (el Ungido), y suponían que hace referencia a la naturaleza divina de la Segunda Persona de la Trinidad. Me ha llevado mucho tiempo darme cuenta de que cuando hablamos de Dios no utilizamos el mismo lenguaje, y que hay, por lo tanto, un serio problema de comunicación. Por fin empecé a comprender, y me parece honrado decirlo, que el cristianismo estaba aún demasiado próximo al paganismo, sobre el cual lograra una victoria técnica, para poder satisfacerse con una fe en Dios como puro Espíritu. Nunca ha habido en la Iglesia una completa conversión del paganismo. Aunque vivamos en la segunda mitad del siglo XX, subsiste la necesidad pagana de una personificación humana de la divinidad. Dios tiene aún que ser captado a través de un parentesco físico con el hombre y los aspectos terrenales de éste, y todavía perdura el sentido de la eficacia del sacrificio propiciatorio de una víctima escogida para substituir nuestras culpas. Como una consecuencia de ello, quien se ha emancipado de esa antigua herencia ha tendido más bien que a una religión más pura a la reacción natural del ateísmo. Es justo decir que la Iglesia ha sido una causa importante de lo mismo que condena.

Pero no es mi intención embarcarme en un tratado teológico solamente para poner de manifiesto lo que es la más poderosa influencia que obstaculiza la verdad acerca de Jesús. Podría tener sin duda muy ricas consecuencias una reexposición de la religión en un lenguaje moderno, que reconciliase y reuniese a cristianos y judíos y avanzase hacia la realización del antiguo sueño de la Hermandad de los

Hombres y el Reino de Dios sobre la Tierra, de los que Jesús fue un exponente tan electrizante.

Pero antes de que eso se consiga habrá que olvidar y reaprender muchas cosas.

He tenido que indicar la medida en que soy consciente del abismo que hay que franquear, porque eso ha afectado al modo en que presento mi tema. Me he preocupado al máximo de no ser demasiado académico, de modo que este libro pueda ser leído sin dificultades por los no especialistas. Pero he tenido que advertir la mucha ignorancia que hay a propósito de las condiciones reinantes en Palestina en la época de Jesús y a propósito de los orígenes del cristianismo. Pocas personas están bien informadas acerca del carácter de las noticias evangélicas, de cómo se originaron los Evangelios y del crédito que merecen sus testimonios. Si se depende exclusivamente del Nuevo Testamento no es posible formar un juicio correcto acerca de Jesús. Es preciso alcanzar una posición desde la que se pueda apreciar la validez de los testimonios evangélicos merced a una multiplicidad de factores que nos permitan iluminarla.

Con esa intención he dividido el libro en dos partes, que son complementarias pero difieren considerablemente en estilo y en contenido. La primera parte es una reconstrucción imaginativa de la personalidad, objetivos y actividades de Jesús. Esa parte es biográfica, aunque no incluye todas las noticias sobre su persona, y no pretende ser una «vida» de Jesús. Afronta, sin embargo, alguna de las mayores dificultades contenidas en ciertos rasgos de esa vida, especialmente las historias de su nacimiento y resurrección.

Mi interpretación se funda, con certeza, según me parece, en la creencia de Jesús de ser el esperado Mesías de Israel. Cualquier modo de ver a Jesús que ignore o eluda esa información clara e iluminadora se condena a sí misma, por atractiva y tentadora que pueda ser, como ajena no sólo a los testimonios del Nuevo Testamento y al hecho del nacimiento de una fe que podía ser llamada «cristiana» o me-

siánica, sino también a la atmósfera dominante en Palestina en el tiempo que propició la respuesta dada por Jesús. Se ha escrito ya mucho para evidenciar cuánta luz derrama eso sobre la figura central del cristianismo; pero hoy es posible verlo aún mejor, porque, gracias a modernos descubrimientos, como el de los Pergaminos del Mar Muerto, lo que sabemos es más.

Pero sólo puede hacerse un uso constructivo de lo que hoy se sabe cuando no se sufre la inhibición provocada por la imposición religiosa de la afirmación de que los testimonios sobre Jesús son producto directo de la inspiración divina. Debemos conceder a esos testimonios el grado de confianza que pueda demostrarse que merecen; no superarán ese criterio con demasiada brillantez, pero aun así contienen muchas cosas del más alto valor. Los autores tuvieron que escribir con disponibilidades más bien escasas de documentación y con informes llegados hasta ellos de viva voz. La causa de ello fue la rebelión judía contra Roma en el año 66, que tuvo por consecuencia la devastación de Palestina y Jerusalén y mermó muchísimo las posibilidades de acceso a una mejor información. En realidad, hoy estamos mejor situados de lo que lo estuvieron los evangelistas. Cuando se redactaron los Evangelios, la leyenda, la actitud defensiva, el nuevo ambiente que rodeaba a la cristiandad después de la guerra, y un nuevo modo de entender la naturaleza de Jesús, les dieron un colorido del que hemos de ser muy conscientes cuando nos valgamos de su esencial ayuda en nuestra búsqueda del Jesús histórico.

Esas cuestiones, junto con otras de gran importancia para la comprensión de Jesús, y el material de investigación, son considerados en la Segunda Parte. En la misma se encontrarán disquisiciones sobre temas cruciales, con la más reciente información y algunos argumentos enteramente nuevos que el lector dispuesto a profundizar más en la materia puede explorar cuando disponga de tiempo para hacerlo.

Lo que deseo que se aprecie es que éste no es uno de esos libros que aparecen de vez en cuando con una nueva exposición de Jesús, traída por los pelos, fantasiosa, y sin verdaderas raíces en los conocimientos de que disponemos. Si lo que yo presentase aquí fuera una teoría que no pudiera basarse en la naturaleza de los hechos, lo confesaría francamente.

Deseo también poner en claro que la imagen de Jesús que yo ofrezco aquí, si se examina honradamente, nada quita a su grandeza ni a su carácter único. Más bien confirma, abrumadoramente, la primitiva convicción cristiana, la conciencia de que Jesús era el Mesías, la misma que tuvo el propio Jesús. En afirmación de ese oficio, de esa función peculiar e increíblemente difícil, Jesús dirigió su vida, considerando por anticipado su propia ejecución y su resurrección. Este libro revela a Jesús como dueño de su destino, disponiendo los acontecimientos de modo que se conformasen a las exigencias de las profecías, planeándolos, cuando era necesario, con amigos y enemigos, para asegurar el cumplimiento de las predicciones. Semejante fuerza de voluntad fundada en la fe, semejante concentración de intenciones, semejante astucia en el planeamiento, semejante penetración psicológica, nos lo muestran como una personalidad dominadora y dinámica, con una capacidad de acción pareja a su grandeza de visión. Jesús pudo ser tierno y compasivo, pero no un Mesías débil y sin carácter. Aceptó que Dios le había conferido autoridad y la ejerció con vigor, favorable o desfavorable, sobre quienes entraron en contacto con él.

*El complot de Pascua* narra la historia de su gran aventura, tal vez la más extraña empresa humana registrada por la Historia, de un modo franco y circunstanciado. De ahí el título, deliberadamente dramático, que da la nota fundamental de toda la extraordinaria empresa a que se comprometió Jesús.

En ciertos pasajes de este libro he empleado, para mayor claridad, mi propia traducción de las Escrituras cristianas, *El Auténtico Nuevo Testamento*, cuya exactitud es garantizada por eminentes eruditos. Está a la venta, en el Reino Unido y la Commonwealth, publicada en Dobson Books y en Panther Books, y en los Estados Unidos de América, editada por la New American Library of Literature (Mentor Books). Expreso, pues, mi agradecimiento a esos editores.

Me doy perfecta cuenta de que mi modo de tratar el tema puede ocasionar considerables debates y controversias. No puedo comprometerme a responder a todos los comentarios que puedan hacerse en correspondencia personal o en la prensa; pero los daré a todos por bienvenidos y haré lo posible por darles contestación en un nuevo libro. Cuando he tenido que desafiar creencias tradicionales no ha sido con ninguna intención hostil, y espero, por lo tanto, que las críticas sean templadas y busquen sólo la persuasión sobre la base de las pruebas. Si algún objetivo he tenido, aparte del de buscar pacientemente la verdad, habrá sido el de ofrecer a los hombres de hoy una comprensión más correcta de Cristo, con la que puedan vivir y de la que puedan extraer valor e inspiración, especialmente los que se encuentran en la adversidad o el abatimiento. Si puede mostrarse que seguir a Jesús significa embeberse de su espíritu y buscar sus fines en provecho de la humanidad, entonces estas páginas podrán haber hecho una contribución constructiva a uno de los más vitales diálogos de nuestra generación.

HUGH J. SCHONFIELD

Primera parte

EL HOMBRE QUE CREYÓ QUE ERA EL ME-  
SÍAS

## 1

---

## LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

El cristianismo tiene sus raíces en Palestina, en un medio judío y en las circunstancias históricas de un periodo de fechas bien conocidas. Nada de eso necesita mucha argumentación. En consecuencia, es a ese tiempo y lugar a donde hay que acudir para una elucidación de los orígenes del cristianismo.

Pero no es ni mucho menos fácil referir la vida de Jesús y las actividades de sus primeros seguidores (conocidos como nazarenos) a su situación contemporánea. Eso se debe en gran parte al carácter del Nuevo Testamento y a la escasez de testimonios externos acerca de los orígenes del cristianismo. Para llegar a conclusiones que puedan satisfactoriamente verse como ajustadas, en la mayor medida posible, a la realidad, se necesita una gran suma de análisis y comparaciones, la paciente estructuración de un rompecabezas de pequeñas piezas de indicios y fragmentos de tradición, una particular sintonización simpática con las preocupaciones del pueblo judío y un alejamiento de las consideraciones de la teología cristiana.

Las enseñanzas de la Iglesia a lo largo de los siglos han hecho extremadamente difícil para los eruditos cristianos